

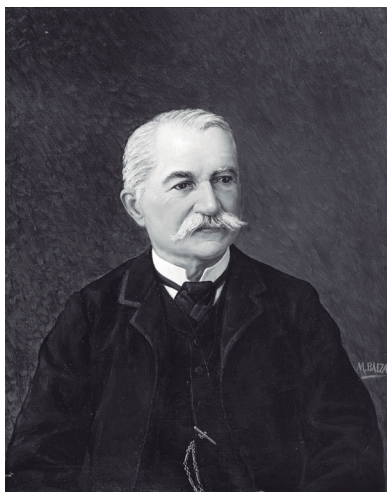
La casa del mirador de la calle Venus Agustín Espinosa en el Puerto de la Cruz

Margarita Rodríguez Espinosa

Conferencia impartida el 4 de julio de 2016 en el salón de plenos del Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, dentro del ciclo «El IEHC con las Fiestas de Julio»

Nos ha parecido interesante en este ciclo de historia local incluir a nuestros escritores, a los escritores que nacieron o que vivieron en el Puerto y que forman parte de la historia de la literatura y también de nuestro patrimonio. Agustín Espinosa —como Viera, como Tomás de Iriarte o como Luis Rodríguez Figueroa, por nombrar a tres muy significados— es figura clave en el desarrollo de nuestra cultura y ocupa un lugar fundamental en la literatura en lengua española reciente; es y ha sido muy estudiado, ha sido traducido a varios idiomas, y, sin embargo, es poco conocido o reconocido en su pueblo natal.

El propósito de esta charla es remover un poco su recuerdo en este Puerto de la Cruz, donde nació y vivió los años de su infancia, donde pasaba temporadas y adonde acudía con frecuencia al encuentro de parientes y amigos. Con esa intención también voy a repasar algunos pormenores de personajes de la historia familiar que lo vinculan con el Puerto y que con toda seguridad intervinieron en su formación intelectual, en el desarrollo de su sensibilidad y en su vocación docente.



Agustín Espinosa Estrada.

FOTOS DE FAMILIA

El principal responsable de que Agustín Espinosa naciera en el Puerto, en el seno de una familia acomodada en la que prevalecieron la ideología liberal y la devoción por la cultura, como cuentan sus biógrafos, fue el señor que figura en este espléndido retrato firmado por Marcos Baeza. Era su abuelo paterno. Antonio, hermano del escritor, que le dedica un capítulo de sus memorias, dice de su abuelo que «emigró en su juventud a América [...] en busca de fortuna, y la halló plenamente». Y que regresa de Puerto Rico después de hacer una fortuna respetable, primero a Cadiz, donde se estableció, y, después, a muy pocos años, al Puerto de la Cruz, en donde compró una de las mejores casas del pueblo, en la que estableció un magnífico comercio, a la par que [...] una estupenda finca rústica en La Cruz del Rayo, en el mismo Puerto de la Cruz, en su Barrio de La Vera, donde también edificó un hermoso chalet de veraneo.



Casa del mirador de la calle Iriarte



Casa de La Vera, hoy restaurante Atuvera.

Cuenta su nieto Antonio que además adquirió muy extensas fincas rústicas en el Realejo Alto y en Garachico. Y añade:

Las influencias que las nuevas ideas liberales, nacidas de la gloriosa revolución francesa, y el esparcimiento de tales ideas, [...] también llegaron a la mente de mi abuelo Agustín Espinosa Estrada, quien [las recogió] con el mayor agrado y la mejor comprensión.

Y, finalmente, que «fue siempre respetado y querido de todos sus amigos y deudos, que fueron muchos».

Sabemos que además fue Agustín Espinosa Estrada un destacado dirigente del republicanismo en el Puerto, diputado provincial y que, como gran parte de los republicanos del Valle, entre los que se encuentran muchos de sus parientes, pertenecía a la masonería. En un cuadro de la logia Taoro figura con el nombre simbólico de *Borinquen* y el grado 18 (*Primer vigilante*). Por encima de él, sólo aparece Diego Ponte del Castillo en calidad de *Venerable Maestro*. Olivia Stone, que estuvo por aquí por esos años, y que relata con pelos y señales lo sucedido con el entierro de Ponte del Castillo, Marqués de la Quinta Roja, en su libro *Tenerife y sus seis satélites*, de 1887, dice de estos masones que son la sal de la tierra, ya que pertenecen a la masonería casi todos los españoles inteligentes, cultos y pensantes. Pensando solo en el progreso y la ilustración de las Islas, convendría que su número aumentase.

El abuelo Agustín Espinosa Estrada murió en 1896 en la casa de la calle Iriarte, entonces calle Venus, donde, el 23 de marzo del año siguiente, nacería su nieto Agustín Espinosa García. (Enseguida verán que, en esta familia, el nombre Agustín equivale al de Aureliano en la de los Buendía.)

Su niñez en el Puerto –su primera maestra, sus juegos infantiles en la casa y en la calle–, igual que otros recuerdos de su juventud, nunca abandonaron al escritor. En su obra surrealista *Crímen*, publicada cuando tenía 37 años, aparecen dos lugares de su infancia, una calle y una plaza, convertidos en fantasmales escenarios de pesadilla para ser incorporados como visiones oníricas en el capítulo *Retorno*. En él anuncia Espinosa:

Han habitado una calle y una plaza mis sueños de muchas horas y años.

El callejón, entonces calle del Rey, es hoy la del Sargento Cáceres, que une San Telmo con La Hoya; a la vuelta de la esquina hubo otro lugar si no recuerdo mal también de nombre siniestro, el Patíbulo.

Se llamaba así: la calle del Muerto. Pero su categoría no llegaba aún a callejón. Eran veinte metros de mal empedrado camino entre dos muros blancos casi por milagro.

El nombre investía de todos modos a la calle del Muerto de una macabridad que no le venía. A ratos, debía de horrorizarse de su nombre la calle del Muerto, y en esos momentos se lo hubiera cambiado por cualquier otro.

La calle del Muerto tenía en su fondo un paisaje de barcos de vela sobre un mar de calma, de gaviotas sobre el poniente y nubes rosadas.

[...]

¡Letrina de mi niñez, sin ayos ingleses, y de la de mis gentiles amigos del barrio de la Hoya! [...]

Y esta es la plaza, también fácilmente reconocible, que el narrador recuerda con la desolada desnudez fatal de la playa, solitaria hasta donde llegaba el ruido del mar cercano. La plaza era grande y oscura, con bancos vulgares de piedra y árboles altos e incoloros. [...] Veía la plaza únicamente desde el fondo de un callejón empinado que moría en la misma plaza. [...] El mar sonaba tan próximo que la convertía en playa, que la limitaba con el mar.

Su padre, Manuel Espinosa Suárez, y su tío Agustín fueron los únicos hijos de Agustín Espinosa Estrada que tuvieron descendencia, pero esta fue más que suficiente: el mayor tuvo ocho hijos y Manuel, trece, de los que diez llegaron a la edad adulta: nueve con su primera mujer, Antonia María, y cuatro más con la hermana de esta, con quien se casó al enviudar.

Cuando Agustín Espinosa García tenía doce años, su familia se trasladó al Realejo, no sé decir exactamente por qué motivo. Tal vez fuera por razones prácticas (estar cerca de la familia de la madre) o económicas: su abuelo materno, Fernando Antonio García Brito, era una persona pudiente, catedrático de Derecho en el Instituto Provincial y heredero de propiedades de los Gordejuela.



Casa de la calle Las Toscas, ahora García Estrada, en Los Realejos.

Dejan, pues, la casa del Puerto cuando ya habían nacido los tres hijos mayores, y adonde, desde la década de 1890, había trasladado su comercio don Tomás Reid, que es por lo que más se recuerda la ubicación de la vivienda. La casa es ocupada por la familia Espinosa García ahora solo ocasionalmente, y le sigue perteneciendo muchos años hasta que finalmente desaparece «bajo la piqueta demoledora de los agentes inmobiliarios» hacia finales de los años sesenta, tal como cuenta José Rodríguez Barreto en un artículo publicado en 1978 en el *Diario de Avisos* titulado «La calle de Venus».

La vivienda familiar va a ser a partir de ahora la de la calle de Las Toscas del Realejo, aunque la familia sigue frecuentando el Puerto, lugar de residencia de otros parientes y adonde se han trasladado los primos Espinosa Chaves.



Familia de Agustín Espinosa



Agustín Espinosa, con sus hermanos, su padre y su tía y madrastra Isabel

La segunda mujer de Manuel Espinosa, Isabel, como si fueran pocos sus hijos y sobrinos, acoge y cría como suya a la niña que en esta foto mantiene en su regazo, hija de su hermana fallecida, lo mismo que hará con otros sobrinos que padecieron circunstancias similares y más tarde con su nieto Agustín, el hijo menor y póstumo de Agustín Espinosa García, empresa en la que colaborarán con mucho afecto y dedicación las hermanas solteras de este.



Es fácil entender que con todo esto la casa se convirtiera en un bullicioso lugar de encuentro por el que transitaban primos de las dos ramas, de todas las edades, y amigos. Todos ellos constituyen un grupo culturalmente inquieto y dinámico que participa en la sociedad realejera con actividades lúdicas y veladas literario-musicales, de las que dan testimonio algunos programas publicados en la prensa local de la época. Los encuentros también tienen lugar en el Puerto.

En estas fotos vemos, años después, en los carnavales de 1927, a los primos Espinosa-García que han participado en la elaboración de una carroza decorada por su amigo Óscar Domínguez, y a las primas. La decoración debió de causar, como mínimo, estupor en la sociedad portuense.



Carnavales de 1927



Con Manuel García Estrada

El tío Manuel García Estrada, progresista, poseedor de una vasta cultura, licenciado en Farmacia, fue el encargado de la educación intelectual de sus sobrinos y de prepararlos para el ingreso en el bachillerato; su destacada presencia en la familia, y entre los jóvenes especialmente, va a ser determinante en la formación de todos ellos. Agustín, sus hermanos y primos disfrutaron y se beneficiaron además de las bien dotadas bibliotecas familiares. Sus lecturas de los doce años las recuerda el escritor mucho más tarde, en un artículo titulado «Ballenas en Canarias», que forma parte de su *Diario espectral de un poeta recién casado*:

Esto no es un sueño de Walter Scott ni una imaginación de Conan Doyle. Esto es la realidad una y simple.

Hace unos días que nadan en aguas de Canarias, en circuito de nuestras islas, dos reales y orondas ballenas, dos personajes de novelas de Verne, dos héroes de lector de doce años.[...] ¡Qué ventura para los actuales muchachos canarios, para los infantiles lectores de Mayne Reis y Salgari poder ver en su propia tinta, en su viva realidad imprevista, a sus romancescas ballenas; a seres que solo tenían, hasta el radioso ahora de ellos, una poética y mágica vida...!; huéspedes de un mar que ni los ilustradores más habilidosos han acertado a pintar con la caudal fortaleza que lo imaginara y describiera el novelista...!

Los hijos del abuelo Agustín Espinosa Estrada, según parece, descuidaron el negocio y la hacienda familiar. Pero lo que de ninguna manera quiso descuidar Manuel Espinosa Suárez fue la educación de sus hijos. Se dice que vendió propiedades para sufragar los gravosos estudios universitarios en la península de sus dos hijos varones mayores, José y Agustín. No se pudo permitir hacer lo mismo con el resto. Antonio y Fernando opositaron para telégrafos. Manolo y Antonia María se jubilaron como maestros en su pueblo natal.

Hago un esfuerzo por tratar a este grupo de jóvenes como a un personaje coral, aunque me parezca injusto, porque todos y cada uno fueron personas muy interesantes y muchos provistos de genio creativo. Una muestra, el hermano de Agustín, José, farmacéutico, pero compositor de vocación. Siendo estudiantes, escribieron juntos una obrita, *Colombine*, una canción de cuna, de corte modernista, como mandaba la época, y como fueron las primeras creaciones de Espinosa, entre ellas su primera colaboración literaria, en la revista *Castalia*, que dirigía el poeta, también portuense y amigo de la familia, Luis Rodríguez Figueroa. José también estableció amistad con García Lorca, según cuenta su hermano Antonio en esta entrevista publicada en *La Tarde* en 1980. Agustín y Lorca se habían conocido en la facultad de Filosofía y Letras de Granada.

O este mismo Antonio, el autor de las memorias citadas al principio. De niños, hasta que tuvimos ocasión de acceder a un concepto más académico de *surrealismo*, asociábamos este término a Antonio Espinosa, del que se contaban las más delirantes ocurrencias, y que, por otra parte, era una persona cultísima, que dominaba varios idiomas, y un devoto defensor del pensamiento ilustrado del XVIII. O Fernando, un hombre sabio, excelente profesor de historia, a cuyos estudios universitarios tuvo que renunciar por los motivos que ya contamos arriba. Bueno, y las hermanas, Felisa sobre todo, ocurrencia y autora de ocasionales versos festivos sobre personajes y sucesos familiares y nuestra principal informante durante muchos años sobre estas cuestiones de historia de parientes.

Nunca se perdió el vínculo ni el contacto; incluso emprendieron juntos, hermanos y primos, proyectos muy importantes. No se puede negar que el propio contexto familiar fuera un estimulante, un encauzador de vocaciones, e incluso nos hemos creído alguna vez que, añadido el ingrediente de un peculiar sentido del humor, con una indudable inclinación al absurdo, fuera donde Agustín encontró el caldo de cultivo para convertirse, de entre todos sus compañeros de la aventura vanguardista, en el más genuino surrealista. En este sentido son reveladoras estas palabras que dedica Pérez Minik al autor de *Crímen*:

De todo el equipo de Gaceta de Arte, Agustín Espinosa era el surrealista porque sí, el más vivo, el más espontáneo, sus actitudes, la palabra, la conducta, la vida entera, las ocurrencias.



Agustín Espinosa, segundo por la derecha, en una excursión con amigos y primos.

Finalizado el bachillerato, que realiza en el Instituto General y Técnico de Canarias, hoy el Cabrera Pinto, de La Laguna, empieza su carrera en Granada y la termina en Madrid, donde lee su tesis doctoral. Vuelve a Canarias y en la Universidad de La Laguna ejerce durante un curso como ayudante de la cátedra de Lengua y Literatura.

Esta itinerancia, que no termina aquí, ha sido interpretada como síntoma de desarraigo. Pero la verdad es que Agustín Espinosa nunca se desvinculó de sus raíces. Regresa a su casa familiar siempre que puede; pasa en ella los últimos días de su vida. Y también a la de la calle Venus del Puerto, hasta el año anterior al de su muerte, donde estuvo con su mujer y sus dos hijos, sin que perdiera nunca el contacto con los amigos ni con la familia.

EL COLEGIO DE SEGUNDA ENSEÑANZA

El curso 1926-1927 Agustín Espinosa García ejercía como profesor ayudante de Literatura Española en la Universidad de La Laguna, como hemos dicho. Precisamente en 1927, en su casa de la calle Esquivel, muy cerca de la casa natal del escritor, muere su padrino, Agustín Estrada Madan, primo hermano de su padre. Allí había abierto su farmacia desde que obtuvo la licenciatura. Era una persona muy respetada e influyente dentro y fuera de su familia, con la que establece nuevos lazos al casarse en segundas nupcias con la viuda del tío del escritor, Agustín, hermano de su padre.

Esta fue otra casa de encuentro entre primos y con amigos, donde se había reunido otra interesante biblioteca y en la que se disponía, igual que en la del Realejo, de un piano, que varios miembros de la familia tocaban, y en este caso también de un gramófono La voz de su amo, que durante muchos años se conservó en un sótano de la vivienda, silencioso y cubierto de polvo como el arpa de Bécquer. Según nos contaba una antigua amiga de la familia, en esta casa se celebraban dos bailes anuales, uno el primero de año y otro en verano. La proximidad entre Realejo y Puerto y entre los primos afincados en las dos poblaciones hacía que la comunicación y la relación siempre fueran fluidas y frecuentes. Y, según apunta Luis Espinosa García, que los miembros de la familia nacieran en el Puerto o en el Realejo dependía de la estación del año: si era verano, en el Realejo, que era más fresquito; en invierno, en el Puerto, de clima más cálido.

En su ponencia *Republicanism and masonry in a port city: The role of Estrada y Madan in the Puerto de la Cruz*, de 1987, Manuel Hernández retrata al dueño de esta casa, el farmacéutico Agustín Estrada Madan, como prototipo del hombre íntegro, filantrópico, librepensador y anticlerical, de pasado intachable, que definió a una generación de republicanos portuenses de particular relieve y trascendencia en el archipiélago antes de julio del 36, y eso a pesar del, en ciertos aspectos, inexplicable desconocimiento por parte de la historiografía de aquella agrupación republicana que en 1899 se constituyó como el primer ayuntamiento republicano de Canarias en la Restauración, y que fue la base en la que se cimentó el desarrollo del socialismo en el Valle de La Orotava, expresado en 1923 con la elección de Martín Pérez Trujillo como alcalde del Puerto de la Cruz.

Estrada Madan también fue candidato a Cortes, diputado provincial y consejero del primer cabildo insular de Tenerife. Creó la sociedad Círculo Iriarte y el periódico republicano *Iriarte*, del que fue su director mucho tiempo. Utilizó toda su influencia y la voz de su periódico para difundir sus ideas sobre educación inspiradas en el krausismo, cuyos principios iluminaron movimientos pedagógicos tan importantes como la Institución Libre de Enseñanza. Agustín Estrada además creó la Sociedad de Instrucción Gratuita y estableció los cimientos de los centros instructivos obreros. También clamó desde su periódico y desde su cargo político en favor de la escuela pública, y por la creación de una biblioteca pública y de un centro de segunda enseñanza.

Pues va a ser su sobrino y ahijado Agustín Espinosa García el encargado de iniciar este último proyecto. Ese mismo año, 1927, abandona su adjuntía en la Universidad de La Laguna y con su primo Luis Espinosa Chaves, hijastro de Estrada Madan, y el joven Isidoro Luz Carpenter, que estrenaba alcaldía ese año, funda el colegio. Isidoro Luz durante su



Casa Esquivel-Iriarte.



Agustín Estrada Madan

etapa de estudios había estado en contacto con la Residencia de Estudiantes, que, igual que el Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde leyó su tesis Agustín, había sido impulsada por la Institución Libre de Enseñanza.

Así nace el Colegio de Segunda Enseñanza, en algunos documentos mencionado también como Institución de Segunda Enseñanza, en la casa Ventoso, vecina de la del escritor, aunque después tuvo otras ubicaciones, como la de la calle Pérez Zamora (actual Casa de la Juventud), donde se mantuvo durante más tiempo. Pronto se unen al equipo fundador un grupo de profesores entre los que estaban los hermanos de Agustín, Fernando y Antonio, su primo Juan Espinosa Chaves, sus tíos Cándido Chaves Estrada y Matilde García Estrada y, más tarde, otra prima, María Teresa García Barrenechea. En tiempos muy posteriores se incorporaron al claustro Ofelia Espinosa Córdoba y Luis Espinosa García.



Profesores y alumnos del Colegio de Segunda Enseñanza

El periódico *La Prensa*, en su edición de 3 de noviembre de 1927, había publicado que en noviembre de 1927 comenzó a funcionar el Colegio de 2ª Enseñanza bajo la dirección de Agustín Espinosa García, auxiliado en las tareas docentes por los médicos Isidoro Luz Carpenter y Martín Pérez Trujillo, el párroco Federico Afonso González, el licenciado en Farmacia Luis Espinosa y los profesores mercantiles Sebastián y Antonio Castro Díaz.

El régimen de subvenciones le da un carácter de semipúblico, más si se tiene en cuenta que el Ayuntamiento ofrecía becas o pensiones a alumnos sin recursos que quisieran seguir los estudios que en él se impartían, ayudas que también podían extenderse a libros de texto.

Jesús Hernández Martín, alumno y profesor durante muchos años de este colegio, nos deja en sus memorias este recuerdo de un bachillerato que realizamos en el citado Colegio de 2ª Enseñanza, o de los Espinosas; un colegio con cuyos profesores está en deuda, no solo el Puerto de la Cruz, sino todo el Valle, pues gracias a ellos pudimos estudiar los económicamente débiles, ya que la mayoría de nosotros carecíamos de medios para poder trasladarnos hasta la lagunera ciudad.

La actividad del colegio, después de un periodo de notoriedad y prestigio, se paraliza durante la guerra, cuando el director, que por entonces y durante mucho tiempo fue Luis Espinosa Chaves, y algunos otros profesores son detenidos, depurados y sometidos a vigilancia. A dos de ellos, su hermano Juan y su primo Antonio, les costó su plaza de funcionarios y a Luis su cargo de Inspector Farmacéutico Municipal. Se reabre el colegio en 1939 con muchas dificultades, que van siendo más o menos superadas, y se cierra, después de unos años de agónica resistencia, en 1975, cuando los únicos profesores de la familia Espinosa García en el claustro eran María Teresa García y Ofelia Espinosa.

Agustín Espinosa se estrena como profesor de segunda enseñanza en este colegio. Su alumno y sobrino Luis lo recuerda como un profesor entusiasta e innovador, que no

limitaba sus clases al entorno del aula ni sus explicaciones a listas de autores y fechas, y que ponía a los alumnos en contacto directo con las obras literarias que él mismo llevaba a sus clases.

Al año siguiente se ausenta del colegio para opositar a cátedra. Reemprende entonces su vida itinerante, ahora como catedrático de instituto, en Las Palmas, en Arrecife (de esa estancia surge su primer libro, *Lancelot 28º7'*, clave en la primera vanguardia insular) y otra vez en Las Palmas.

En todos sus destinos, Agustín Espinosa dejó en sus alumnos una profunda huella por el atractivo que ejercían sus interesantes y novedosas enseñanzas. En el Instituto de Las Palmas anima a sus alumnos a participar en la redacción de la revista escolar que ha creado:

Lee *Hoja Azul*, escribe para *Hoja Azul*, compra *Hoja Azul*. No contribuyas con tu abulia a la infeliz carnavalada de los que creen que ser estudiante es matricularse, asistir a clase y retozar a la hora del recreo. Si no te sientes estudiante, quítate el antifaz y deja al aire orejas largas, hocico picudo y plumas que no saben volar. Hazte actor de cine o contrabandista, porque acaso has equivocado tu destino y estás perdiendo inútilmente dinero, tiempo y juventud.

Agustín Millares Sall, uno de sus alumnos, recuerda «la magia» de sus clases, y otro, el escritor y también docente Alfonso Armas Ayala, gran amigo suyo, lo retrata así en las páginas de la publicación *Agustín Espinosa Cazador de mitos*, editada por nuestro IEHC:

Su calva, sus anchurosos pantalones y su cartera; desde allí salían cuartillas blancas, cuartillas emborronadas, cuartillas semirrotas que habían dejado de serlo; y libros, y apuntes...y palabras: luminosas palabras que luego él iba prendiendo con una magia particular en el negro encerado de clase, cruzado de sujetos, de complementos, de predicados...

El propio Agustín Espinosa deja documentada su vocación cuando cuenta la noticia de su recién estrenada paternidad:

Ahora tengo un hijo (un hijo de mi carne, pues tengo, además, cada curso, 500 o 600 del espíritu).

DE LA ROSA DE LOS VIENTOS A «EL CRIMEN DE AGUSTÍN»

1927, año clave en la historia reciente de nuestra literatura, como están viendo, fue especialmente intenso. Por entonces Agatha Christie se paseaba por la ladera de Martiánez tramando relatos de misterio, el género que la haría famosa. Óscar Domínguez emprendía su decisivo primer viaje a París. Se consolida el primer colegio de segunda enseñanza en el Puerto. Y, en Madrid, un grupo de poetas se reúne para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Góngora sin sospechar todavía que el nombre con que entrarían en la historia de la literatura incluiría ese año. Agustín Espinosa, conjuntamente con Ernesto Pestana y Juan Manuel Trujillo, funda *La Rosa de los Vientos*, cuyo primer número constituiría el acontecimiento más importante producido en mucho tiempo en la literatura de las islas. Era una revista culta, innovadora, con la que se iniciaba la vanguardia canaria, vinculada a la Generación del 27 y aplaudida por la prestigiosa Gaceta Literaria peninsular. Pero fue recibida con numerosos ataques en forma de burlas y parodias en la prensa de la isla por los escritores de la escuela regionalista del XIX, a la que el crítico e historiador de la literatura Valbuena Prat califica de pseudorromántica, imitadora de imitadores, localista y «empapada de un modernismo trasnochado, muy alejado de la profundidad de Tomás Morales y Alonso Quesada». Se inicia así el debate sobre literatura insular que durará unos años y que va a instalar su escenario en el Puerto de la Cruz de 1928, cuando el entonces alcalde, Isidoro Luz, le ofrecía un homenaje a su amigo Espinosa, que acababa de obtener su cátedra. Juan Manuel Trujillo es el encargado de pronunciar un brindis con el que se encona la polémica: en su discurso considera

este renacimiento en las islas «emparentado, no con el inmediato ayer, sino con el de antes de ayer; no con el siglo XIX, enfermo de localismo, sino con el XVIII, ansioso de universalidad», y cita estas palabras del homenajeado:

Ahondar en la profundidad de lo propio conduce inevitablemente a centros de generalidad; nunca a callejuelas de participación.

Será poco más tarde cuando Espinosa emprenda otra batalla en la que va a empeñar la salud de sus últimos años. Publica *Crimen* en 1934, con portada de Óscar Domínguez, una edición de Gaceta de Arte, la revista fundada por Westerdahl, que va a marcar el segundo momento de la vanguardia canaria junto con *Crimen*. En marzo de 1935 es nombrado director del nuevo Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Santa Cruz y, al poco tiempo, presidente del Ateneo, donde se va a celebrar la exposición surrealista. Espinosa se muestra entusiasmado con la llegada de los impulsores del surrealismo francés. «Breton, Péret y Eluard, nuevos reyes magos en Canarias»: así titula un artículo publicado en *La Tarde*, en el que escribe:

Viene el tesoro —que también el regalo— que traen estos Reyes a Canarias. Viene bajo el cielo, junto a los nuevos Reyes, acunado por el mar y vigilado muy de cerca por una álgida estrella; por la ESTRELLA SURREALISTA —crudo y noble astro—, la que hace pestañear a los cretinos y torcer la cabeza a los hijos de nadie.

Los visitantes son invitados a conocer la isla. En el Puerto, recorren el Jardín Botánico, y en la playa de Martíáñez conocen por fin aquellas arenas negras de las que les hablaba Óscar Domínguez en París. Bretón ya las había imaginado:

Se me dice que allá abajo las playas son negras de la lava que marcha hacia el mar precipitándose al pie de un inmenso pico de humeante lava.

Y luego las recordará así en «El castillo estrellado»:

Toda la sombra echada por el mar está hecha de grandes extensiones de arena más negra todavía que forman tantas playas como la del Puerto [de la] Cruz, velillas intercambiables entre el agua y la tierra, bordadas con lentejuelas de obsidiana por la ola que se retira.

Uno de los actos más importantes (*acto de afirmación poética*, se llamó) de esta visita, que fue todo un acontecimiento, resultó ser el celebrado en el Círculo de Amistad XIV de Abril del Puerto de la Cruz el día 23 de mayo de 1935. En este acto Breton afirma que quiere «rendir homenaje al director de Gaceta de Arte, Eduardo Westerdahl, así como a sus colaboradores», entre los que se encontraba nuestro escritor, y añade: «cuán precioso me ha sido conocer a Agustín Espinosa, cuyo libro *Crimen* es una ilustración viva del surrealismo en lengua española». En el cine Olimpia, Peret pronuncia su conferencia «Análisis marxista de la religión», acto organizado por la Agrupación Socialista del Puerto.

Westerdahl fue el fotógrafo del acontecimiento. La exposición no tuvo éxito comercial, aunque sí mucho rechazo social. Para contrarrestar los gastos, el Ateneo y *Gaceta de Arte* intentan presentar *La Edad de Oro* de Buñuel, pero se tropiezan con las fuerzas reaccionarias que la consideran una película inmoral. Agustín Espinosa publica en su defensa:

Se han pronunciado con excesiva frecuencia las palabras «pornográfico», «libre», «procaz», «indecoroso», «insolente», con relación a *la Edad de Oro*, ni con más ni con menos razón —puedo decirlo ahora de paso— que a propósito de mi libro *Crimen*, olvidándose que análogos adjetivos habría que esgrimir, desde ese bizco punto de vista, para calificar a Quevedo, a Boccaccio, a Cervantes, a Rabelais, a Lautréamont, a Goethe...

Cuando ya ha triunfado el golpe de estado de Franco, detenidos muchos de sus amigos y parientes e incluso habiendo sido asesinados algunos de ellos, como López Torres y

Rodríguez Figueroa, a Espinosa se le abre un expediente de depuración y se le separa de su cátedra.

Los cargos que se le imputaban, ser izquierdista, ser autor de la obra titulada «El crimen de Agustín» [sic] y haber intentado presentar en los cines de esta Ciudad una película inmoral y sacrílega.

Agustín Espinosa intenta salvarse colaborando en periódicos falangistas con exaltados artículos, por los que sufrió el rechazo de algunos de sus amigos. Paradójicamente, tampoco logró su propósito de convencer a los afectos al régimen, como sucedió con Gabriel de Armas, representante de la extrema derecha canaria, quien le dedica el famoso artículo «Ayer lo vi con la camisa azul». Que el autor intente si quiere, dice, «hacer desaparecer las huellas de su crimen», pero que no engaña a nadie, porque, según él, «ha llegado la hora de la justicia, porque estamos en la hora de la VERDAD». (Esta VERDAD escrita así, con mayúsculas amenazadoras).

Lorenzo Cáceres, amigo de Espinosa afín ahora al régimen franquista, no le vio otra salida que seguir con estas publicaciones. Pero con todo, hasta el 13 de abril de 1938 no consigue que se le devuelva su cátedra, aunque para ello se le obliga a trasladarse al Instituto de Santa Cruz de La Palma y «se le inhabilita para cargos directivos y de confianza».

Ayer (bueno, antes de ayer) me llegó un libro de manos de Agustín Espinosa Boissier, hijo menor del escritor, quien a su vez lo había recibido de su hermano Joaquín. Es una novela, premio internacional de Literatura Antonio Machado 2014. Su autora, Selena Millares, profesora de la Universidad Autónoma de Madrid, narra las memorias de su abuelo Juan sin cambiar ni disimular los nombres de las personas, los lugares y las situaciones reales que relata. Uno de los capítulos de estas memorias lo titula «Medio juicio», que hace referencia al cariñoso apodo por el que sus alumnos —entre los que estaban los dos hijos mayores del narrador— conocían a su profesor, del que, cito, «adoraban su locura y el embrujo de sus clases». El capítulo termina con estas emotivas palabras que su hijo ha accedido a leernos:

El tiempo nuevo de infamia y degradación que irrumpía de pronto había de arrebatarnos a algunos incluso la vida, como a mi buen Espinosa, pobre amigo mío, todo nervio y pasión, sacrificado, humillado con tu corona de espinas, tú que eras solo un ángel rebelde, ángel al fin, y que solo sabías volar al son de tus palabras. Con qué saña habían de quemar tus libros, cómo te acorralaron como si fueras un asesino, tú que nunca supiste de política más que como una pose romántica, y ahora estabas en manos del verdugo, que te persiguió, te hirió, te desterró lejos. Así te dibujé en el homenaje que se te tributó tras tu muerte, alejándote de espaldas, hacia poniente, como en aquellas películas de Chaplin que tanto te gustaban. Con tu sombrero ladeado, y tu traje casi vacío sobre el cuerpo desencuadrado, y tu carpeta de poemas y papeles bajo el brazo. Pero la muerte te llamaba como el **faro a la noche**.

La novela, que se titula así, «El faro y la noche», también narra el final de Espinosa, un final tan cruel como inútil e innecesario, y las atrocidades de su persecución. Agustín Espinosa padecía una úlcera de duodeno desde muy joven, que se le agravó con todo este sufrimiento, y empeora como consecuencia de una operación realizada sin medios en su exilio palmero. En enero de 1939 muere, en su casa del Realejo, con solo cuarenta y un años.

Con el Puerto de la Cruz tienen que ver dos escritos últimos de un Agustín Espinosa derrotado y enfermo: la carta que, en febrero de 1938, dirige a su prima Maite García Barrenechea, última directora del colegio que él había fundado; carta esta conservada como el tesoro que es por su hijo José Javier:

La ISLA aísla mucho más de lo que en realidad parece. Y tanta agua azul, honda y áspera por medio. Luego yo no sigo mejor. Cada vez tengo menos humor y menos fuerza. Me fatigo por todo y hasta hablar me cansa. Soy una isla más dentro de la isla. Una isla en régimen de ulceroso y hambre de bienestar y noches durmiendo.

Y la famosa carta a su amigo Germán Bautista Belarde, de enero del mismo año, a la que pertenece el conocido fragmento del mirador, escrita desde la casa del Puerto un año antes de su fallecimiento:

Aquí en el Puerto de la Cruz, nací yo, en una casa cuyo mirador estoy viendo mientras te escribo, tan alto casi como la torre de la iglesia. Aquí, por estas calles, callejones y callejas, he correteado y he palanquineado hasta los doce años, como lo hace ahora mi hijo. Es un pueblo que tuvo, como yo, su historia. Que vive, como yo, también de recuerdos. El mar le canta y arrulla diariamente como una madre a un niño inválido, y de noche le cuenta, con voz de trueno, cuentos de brujas, trastos y cosas de Tócame Roque que hacen más silencioso y duro el sueño.

Nuestro IEHC, cuando no ha promovido homenajes a Agustín Espinosa, siempre se ha sumado a los pocos que su pueblo natal le ha brindado. Hoy solo nos quedan una calle que nadie sabe dónde está y, en el lugar donde estuvo su casa natal, una triste placa (una lápida triste, como de cementerio), que sustituyó a aquella de bronce desaparecida, con las palabras del escritor y unos preciosos grabados de Pacheco.

Al interés de Diego Cejas y al de nuestras archiveras Hilda y Enma, que proporcionaron la documentación, debemos una reproducción del original conservada en el Archivo Municipal.

Le cortaron las alas, comentaría años más tarde Domingo Pérez Minik.

Como también le cortaron las alas a su amigo Emeterio Gutiérrez Albelo, quien, funcionario como Espinosa, quiso salvar su plaza de maestro dando un giro a su poesía para integrarse –o pasar desapercibido– en el nuevo régimen. Según el más destacado estudioso de la obra de Espinosa, el profesor José Miguel Corrales, de entre todos sus amigos y seguidores –López Torres, García Cabrera y Gutiérrez Albelo–, este último fue el que con mayor acierto caló en el maestro, en la persona y en su obra, como delatan estos versos que le dedica a nuestro escritor en sus años más luminosos:

Apuntes para un retrato

A Agustín Espinosa

I

Delgado.
Delgado, de verdad. Afiladísimo.
Siempre, siempre, clavado.

II

La rueda en loco giro.
Pero siempre en su eje.
Pero siempre en su sitio.

III

En la siniestra mano,
un pajarillo,
disecado.
En la diestra, mil juguetes,
enrollados.
En el meollo, erguido,
un banderín mágico.
Y en el corazón...no digo.
Se prohíbe nombrarlo.

Emeterio Gutiérrez Arbelo: *Romanticismo y cuenta nueva*

Muchos años después, en un programa de las fiestas de julio, escribe Emeterio Gutiérrez Arbelo este soneto, con el que termino:

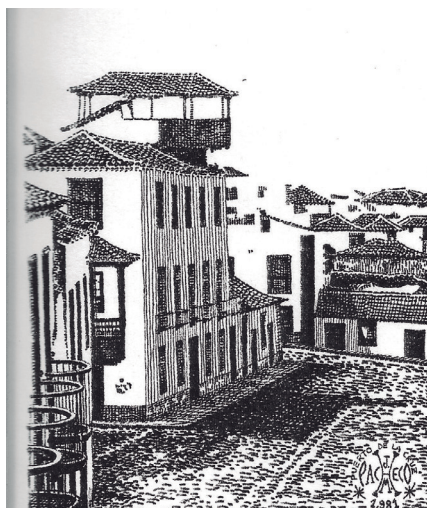
Al Puerto de la Cruz

A don Luis de la Cruz hoy pido audiencia,
que en mi pecho esta vez quiero miniarte;
y también, al mejor de los Iriarte,
que a sus fábulas lleve tu presencia.
Afirmando tu alcurnia y excelencias
un homónimo, aquí, tu amor comparte;

**Espinosa, Agustín que ardió en el arte,
Bethencourt, Agustín que ardió en la ciencia.**

Y así tantos que acunas y que meces,
o que atraes, también, con tu reclamo,
a tu nido de amor y amparo cierto.
Así, a mi corazón, donde floreces
en dulce miniatura, pues te amo,
oh Puerto de la Cruz y oh Cruz del Puerto.

No queremos que la «cruz del Puerto» sean el olvido, la ingratitud o la desidia. Es «La memoria que no nos deja tranquilos», escribió Domingo Pérez Minik al final de aquellas palabras sobre su amigo Agustín: «Todos estamos en deuda con él, como escritor, como amigo, como insular primero de las más serias apuestas».



Diseño de Pacheco